

El regal de Santa Bárbara: recuerdo de la guerra civil peruana

Por *Henri FAVRE**

EL ÓRGANO DE REGALÍAS O REGAL es un instrumento de la familia de los órganos cuyo sonido es producido por uno o varios grupos de lengüetas batientes provistas de algunos resonadores. Los tubos, cuando los tiene, son muy cortos y están casi siempre hechos de madera o de una aleación de cobre. Sin duda originario de Alemania, el órgano de regalías se extendió por Europa central en la época del Renacimiento, pero su área de difusión es tal vez más vasta según piensa Williams.¹

Sabemos que en la Inglaterra de la misma época este instrumento de iglesia que acompaña los cantos religiosos también anima las fiestas de las corporaciones mercantiles y los grandes espectáculos públicos. Y no se le encontraría en la América hispánica, uno o dos siglos más tarde, si previamente no hubiera sido puesto en uso en la Península Ibérica.

El sonido del regal no tiene nada de melodioso. Rústico y potente, es adecuado para reforzar el sentimiento de pavor que pretenden inspirar ciertas dramaturgias profanas o liturgias sagradas. A tal efecto, el regal resuena durante los oficios de Semana Santa que la Reforma católica pone en escena con gran intensidad dramática. Interviene con el mismo fin en el acto del Infierno de la ópera *Pomo d'Oro* creada en 1667. Mattheson, que califica de “extremadamente desagradable” la sonoridad del regal, recomienda, en 1713, emplear otros instrumentos de teclado en las iglesias. Recomendación que resulta superflua, pues el regal tiende a ser suplantado por el órgano en las parroquias más ricas, antes de desaparecer en las menos acomodadas frente al armonio. Pero el regal se mantiene a lo largo del siglo XIX, y sin duda más allá, en ese gran conservatorio de la cultura europea de antiguo régimen en que se convierte América Latina al día siguiente de su independencia. En las recónditas comunidades indias de México y de los Andes es donde podríamos tener la suerte de descubrir hoy algunos

* Director de investigación emérito, Centre National de la Recherche Scientifique, París; e-mail: <favre@ivry.cnrs.fr>.

¹ *The New Grove Dictionary of Music and Musicians*, Stanley Sadie, ed., Londres, MacMillan, 1980, tomo xv, pp. 672-673.

especímenes de este instrumento mal conocido del que los museos no poseen más que una raquítica colección.

Mi interés por el regal nació de una conversación con una amiga musicóloga a la que le mostré la copia de un documento que había encontrado, muchos años antes, en los archivos del despacho notarial que tenía por aquel entonces don Julio Ruiz en Huancavelica. El documento en cuestión es un contrato formulado el 15 de julio de 1711 entre el licenciado don Juan Enrique de Asturriagua, cura del establecimiento de la mina real de cinabrio de Santa Bárbara, y don Jerónimo Martínez de Campos,² maestro en la fabricación de órganos establecido en el pueblo de Moya en la provincia de Angaraes, por medio del cual este último se obliga a hacer para la iglesia de la susodicha mina un regal de cuatro mixturas, listo para emplearse durante la fiesta de Santa Bárbara, el 4 de diciembre del año en curso, mediando la suma de trescientos cincuenta piastras de ocho reales. Por su parte, el licenciado Asturriagua se compromete a pagar a Jerónimo Martínez de Campos la cantidad de cincuenta piastras a cuenta de esa suma, y a hacerle llegar hasta Moya, a expensas suyas, doce tablones, doce codales, cuatro docenas de basanas, dos medidas y media de lona, así como cuatro piastras de clavos; en suma todos los materiales que el organista necesita para ponerse a la obra y que aparentemente no consigue en el lugar. Se entiende, por otro lado, que el transporte del instrumento ya terminado, de Moya a Santa Bárbara, es decir más de diez leguas por los caminos de aquella época, correrá por cuenta del cura y sus fieles.

A mis ojos, la importancia que tenía ese documento era que señalaba el establecimiento de un individuo de origen español, criollo o mestizo, de inicios del siglo XVIII, en una de las cuatro comunidades a las que había sido reducida la etnia Asto, y que ese elemento intruso, que ejercía entre los indios un oficio altamente especializado, debía ser el ancestro común de los Campos que hoy pueblan Moya y su región, como llegué a deducirlo. Pero mi amiga musicóloga dio al texto una lectura distinta de la que yo había hecho y en función de la cual la había explotado. Mientras su imaginación se esforzaba por reconstruir el instrumento a partir de los diversos elementos que se habían incluido para su fabricación, a evaluar la dimensión del aparador según el número de tablas, y el volumen de sus fuelles según las basanas, me preguntó toda emocionada si el regal de don Jerónimo existía aún. Para mi gran desconcierto, tuve que confesar que en el curso de las numerosas visitas

² Por razones que se comprenderán a lo largo del texto, el patronímico fue cambiado.

que había hecho a Santa Bárbara nunca me tomé la molestia de verificarlo. Tuve que prometerle solemnemente que, en cuanto la ocasión se presentara, haría tal verificación y que, en el caso de que descubriera el famoso regal, anotaría los detalles, tomaría las medidas y haría los croquis, conforme a las instrucciones que cuidadosamente me harían llegar por escrito. Esto sucedió en París, a fines del año de 1987. Seis meses más tarde volvía a Huancavelica después de una larga ausencia, y cumplía la promesa que me había dejado arrancar. Lo que no fue nada simple.

*Extracto de mi diario de viaje:
martes 5 de julio*

A TRAVIESO Huancayo, aún envuelta en la noche y aletargada por el frío, para dirigirme hacia Chilca desde donde parte cada mañana el ferrocarril que lleva hacia Huancavelica.³ En un cruceo dos policías en guardia, las manos hundidas en los bolsillos, el rostro cubierto hasta los ojos con una bufanda de lana, patean el adoquín de la calle para entrar en calor. Son más de las seis y media cuando llego a Chilca. La estación está vacía. El tren no está aún en el andén. Espero.

Hacia las siete, algunas sombras se desprenden de la oscuridad. Son tres guardias civiles que cortésmente me preguntan lo que hago allí. Satisfechos con mi respuesta, me dicen que el tren no parte con la regularidad de antaño, pero que no demorará en llegar. Vuelvo pues a esperar. Muy pronto la garita del jefe de estación se alumbra, lo que es un buen augurio. Un poco más tarde, con el primer resplandor del alba que estalla brutalmente, el andén se anima con algunas siluetas. Por fin, un ruido de acero anuncia la llegada del tren que viene a estacionarse frente a mí.

A ese vagón motorizado siempre lo vi repleto. Había que dar co-dazos para subirse. Aquellos que no lo lograban estaban condenados a la incomodidad del tren que partía más tarde —“cuando quiere”, se decía— y llegaba a su destino al final del mediodía —“cuando puede”— después de un interminable viaje de seis o siete horas. Ese tren con vagones de madera era valientemente arrastrado por una pequeña locomotora a vapor con sus hierros siempre relucientes, que había sido construida en Inglaterra en los años veinte, en la época de la apertura de la línea. Fue abandonada hace poco, víctima de tal disminución en el tráfico que ya no se justificaba su mantenimiento.

³ Dicho ferrocarril también es conocido como “Tren Macho” [N. de la T.]

Hoy no somos más que una media docena de pasajeros: dos endebles campesinos de Cuenca que bajarán en Izcuchaca para regresar a pie a su pueblo; una voluminosa comerciante de Chupaca vestida con múltiples faldas y un sombrero de paja, que se dirige a Acoria con dos enormes canastos; un concesionario de aparatos eléctricos, que va a Huancavelica con la esperanza de cobrar un dudoso crédito; el director de una agencia bancaria de Huancavelica, que estima prudente que su mujer e hijos junto a los cuales pasa largos fines de semana se muden a Huancayo; y yo. Además, el conductor del tren y un guardia republicano que debe supuestamente protegernos con un Máuser modelo 1936.

El tren recorre lentamente el extremo de la cuenca del Mantaro con el sol levante. Al entrar en la quebrada donde las aguas del río se arremolinan, reduce otra vez su velocidad. Durante todo el trayecto, no irá más rápido que el trencito de otros tiempos. Es que hay que estar vigilantes, dice el guardia republicano. Los “subversivos” podrían haber desmontado los rieles. O haber hecho saltar la vía. Pero lo que hay que temer más, agrega muy orgulloso de mostrar a un civil la profundidad de sus conocimientos militares, son los túneles. En ellos podríamos ser sorprendidos como ratas en una trampa.

¿Se han presentado incidentes de ese tipo? El guardia no lo sabe. Se encarga de la seguridad de la línea desde hace apenas unos días. El conductor responde que nada enfadoso ha ocurrido desde que tomó el puesto de su predecesor, que se jubiló.

—¿Es decir?

—Poco más de un mes.

Izcuchaca. ¿Dónde está el mercado animado que se extiende a ambos lados de la vía, hasta llegar al viejo puente colonial? ¿Dónde están esas mujeres y esos niños que se arremolinaban bajo las ventanas del tren para ofrecer a grandes gritos a los pasajeros, quién maíz hervido, humitas o papas rellenas, vasos de chicha o botellas de gaseosa? Nuestra llegada no provoca ningún movimiento. El pueblo parece muerto.

Constato lo mismo un poco más tarde en Mariscal Cáceres, cuya estación de tren solía ser lugar de intercambios comerciales. ¿Dónde venden ahora su producción de chacra los campesinos de las comunidades de los altos circundantes? ¿Aún tienen productos que vender? ¿No habrán sido obligados a practicar una economía de subsistencia?

Interminable la espera para que el tren que baja de Huancavelica, por la única vía que hay, nos ceda el paso y podamos avanzar. Por fin, salida para Acoria, donde descienden la gorda chupaquina y sus

canastos, y embarcamos a dos nuevos pasajeros. La subida por el estrecho valle del río Ichu representa la parte más peligrosa del trayecto, nos advierte con una voz fuerte y clara el guardia republicano, al modo de un guía anunciando el programa a los turistas a su cargo. Lo efectuamos en medio de un pesado silencio.

Hacia las cuatro, Huancavelica se deja súbitamente entrever en el ensanchamiento del valle. A primera vista, enmarcada en un cuadro opresivo de montañas abruptas, la ciudad no ha cambiado mucho de aspecto. Al dirigirme al Hotel de Turistas, observo sin embargo que la Plaza de Armas ha sido remodelada, y que la calle en que se unen Cercado y Santa Ana ha sido asfaltada no hace mucho, tal como lo testimonian algunos trozos que quedaron del revestimiento. En cuanto a la pequeña casa donde viví de 1963 a 1965, todavía está en pie. Los vecinos me dicen que está sin habitar desde hace años.

El gerente del hotel me recibe calurosamente, feliz de acoger un cliente, ocasión que, me parece, no se le ha presentado desde hace buen tiempo. Mientras me muestra las habitaciones, entre las cuales tengo complicaciones para elegir, me informa que no hay electricidad y, en consecuencia, que no hay agua caliente. La ciudad entera está privada de corriente desde hace varias semanas. ¿La razón? Levanta los hombros:

- Los “terrucos”, por supuesto.
- ¿Cuándo se restablecerá el servicio?
- Quién sabe.

Era en el Hotel de Turistas que el Rotary Club, del que me habían hecho miembro, se reunía cada mes en torno a un almuerzo. En los años sesenta reunía a las “fuerzas vivas” de Huancavelica: un mayorista, un farmacéutico, dos médicos, algunos funcionarios, varios ingenieros, de los que me acuerdo, o sea una veintena de personas que se consideraban depositarias del futuro de la ciudad y su región, aunque muchos de los rotarios no tuvieran ningún vínculo al haber venido de fuera por razones profesionales.

En resumidas cuentas, los rotarios eran “progresistas”. Nadie, siendo hacendado, tenía posibilidad de ser rotario, pues los terratenientes representaban el pasado con su séquito de pesados arcaísmos. El ostracismo que padecían, sin embargo, no impedía que los hacendados ofrecieran en matrimonio a sus hijas a los rotarios solteros, ni que éstos se convirtieran en sus yernos. Esas uniones matrimoniales permitían a la élite cierta cohesión, a pesar de todo aquello que podía dividirla. El Rotary Club no existe ya. Los hacendados tampoco. El hotelero apenas puede creer que un Rotary Club hubiera podido existir en

Huancavelica. A menos que fuera en un tiempo muy antiguo. El tiempo de antes de la insurrección —tiempo que hoy parece muy lejano.

Siguiendo sus indicaciones, voy a la sede de la comandancia civil y militar con el fin de solicitar el apoyo del ejército para ir a Santa Bárbara, mañana mismo si fuera posible. Es una casa de un piso, relativamente reciente, situada a dos calles del otro lado de la Plaza de Armas, y que fue construida según los usos y costumbres. Un centinela monta guardia frente a la puerta. En el corredor, dos o tres hombres y una media docena de mujeres cargadas de niños de corta edad, todos miserablemente vestidos, están de pie o en cuclillas sobre el suelo. Presento mi identificación al sargento sentado detrás de una pequeña mesa. Poco después, me hacen pasar a una habitación contigua, de paredes desnudas, sobriamente amueblada con dos sillas de madera y un viejo escritorio repleto de expedientes, que ocupa el coronel VLT.

El coronel comandante civil y militar de la plaza es un hombre de unos cuarenta años, de rostro cordial y mirada directa, que me recibe de manera afable y me invita a participarle el objeto de mi visita. Lo hago no sin cierta dificultad, pues pondero todo lo que mi investigación pudiera tener de descabellado, dadas las actuales circunstancias. Así que le hablo de Jerónimo Martínez de Campos; del órgano de regalías que fabricó en Moya para la Iglesia de Santa Bárbara en 1711; del interés que representa para la musicología el estudio del ejemplar de un instrumento rarísimo y mal conocido; de la necesidad en la que me encuentro de ir al pueblo minero a fin de tratar de colmar tan grave laguna de la ciencia; y de la gratitud infinita que le testimoniaré si tuviera la extrema gentileza de hacerme acompañar hasta allá, a pesar de todas las preocupaciones que lo asaltan y de los múltiples problemas a los cuales se encuentra enfrentado cotidianamente.

Temo ser rechazado descortésmente. Pero no: el coronel que me ha escuchado hasta el final sin manifestar la mínima impaciencia ni la mínima sorpresa, como si le pidiera la cosa más banal del mundo, inmediatamente me asegura su plena y entera colaboración. ¿Podría acaso actuar de otro modo, agrega, sin fallar a una de las más nobles y más antiguas tradiciones del ejército peruano, que es la de ayudar y dar asistencia a los sabios, a los artistas y a los intelectuales en general, en la medida de sus posibilidades? Una unidad motorizada me esperará pues frente al Hotel de Turistas, mañana por la mañana, a la hora que yo diga. Digo que a las ocho. De acuerdo.

Después de haber dado las gracias con efusividad, intento que me informe sobre la situación de la región. Me responde que todo está bajo control. La ciudad es una de las más tranquilas. De vez en cuan-

do, algunos grupitos de “subversivos” descarrilados pasan por los altos, pero el ejército los persigue y los neutraliza sin dificultad. ¿El apagón? Se debe a una pequeña avería que será rápidamente arreglada, no es nada grave. Y con tacto, el coronel me hace comprender que si el ejército peruano hace gala de su honor apoyando las ciencias, las letras y las artes, no por ello se cree en el deber de discutir asuntos militares con civiles. Me deshago nuevamente en agradecimientos y me retiro. Afuera, la fila de gente pobre que espera exponer sus miserias al coronel antes del anochecer, se ha hecho sensiblemente más larga.

Es otra cantinela la que escucho en la alcaldía. El alcalde es un dirigente de Patria Roja, uno de esos siete, ocho o nueve partidos comunistas que tiene hoy día Perú. Patria Roja es marxista tanto como leninista, y tan maoísta como Sendero Luminoso, pero ha rechazado unirse a la insurrección senderista debido a que las condiciones objetivas y subjetivas de su éxito no se han dado todavía. Faltarían una o dos, parece. Ésas que, probablemente, le permitirían tomar el poder sin riesgo alguno. Es más fácil predicar la Revolución que hacerla. Y menos peligroso también. No cabe duda, sin embargo, que si el poder le cayera entre las manos por una inimaginable convergencia de circunstancias, el yugo que Patria Roja impondría al pueblo, del que se proclama también el único representante legítimo y la única vanguardia auténtica, no sería menos pesado que el que le destina Sendero.

El alcalde se deshace en elogios al coronel comandante civil y militar con quien colabora sin dificultad y, aparentemente, sin arrepentimientos. La gravedad de la situación lo exige, dice. Y no tiene elección, podríamos agregar. Los senderistas se han infiltrado en la ciudad. Gangrenan el barrio de San Cristóbal situado del otro lado del río Ichu. Su presencia es igualmente señalada desde hace poco en el barrio contiguo de La Ascensión por conciliábulos nocturnos y algunas inscripciones en los muros dedicadas a la gloria del “Presidente Gonzalo” y del Ejército Popular, que los soldados cubren con cal por la mañana.

La población los detesta, evidentemente, pero no está suficientemente organizada como para resistir a sus presiones. Es esta falta de organización popular la que el alcalde se esfuerza por paliar con el apoyo del ejército que, al escucharlo hablar, parece como si estuviera puesto al servicio de su partido. No duda que una vez movilizado y dirigido por Patria Roja, el pueblo vencerá al “terrorismo”, pero conviene en decir que el resultado de sus esfuerzos será bastante débil por el momento. Presionado, sin duda, por tener que obedecer una nueva orden que ha recibido del coronel, el alcalde me notifica que la entre-

vista ha terminado, al tiempo que me asegura que está listo para retomarla posteriormente.

Mientras cruzo la Plaza de Armas para llegar al hotel en la oscuridad de la noche, soy llamado por una sombra y deslumbrado por la luz de una lámpara de petróleo súbitamente levantada frente a mi cara.

—¡Henri!

Es Carmen M. Supo que llegué en el tren y venía a buscarme al hotel. Tiene bastantes más años y ha ganado peso, pero inmediatamente reconozco bajo las gruesas facciones esa figura jovial que tenía durante el carnaval. Fue en 1964. La celebración del primer día del carnaval estaba reservada, por decreto municipal, a la “gente visible” de Huancavelica. La buena sociedad de la ciudad se libraba en exclusividad, ese día, al inocente placer de lanzarse a la cara grandes cubos de agua en la Plaza de Armas frente a la plebe, la cual no estaba autorizada a darse a los mismos festejos sino hasta el día siguiente. Los cubos eran llenados y transportados a relevos por sirvientes.

Como yo no tenía sirvientes, Carmen había intercedido ante su padre para que me asignara dos pongos de su hacienda a fin de que no se me desfavoreciera. Recuerdo que el contenido de uno de los cubos, que diligentemente me pasaban los siervos puestos a mi disposición, terminó empapando al obispo que, con la sotana arremangada, se había unido a nuestro divertimento.

El obispo no me guardaba rencor: había hecho sus estudios en Lyon, hablaba el francés mejor que el español, decían, y el quechua todavía mejor que el francés, añadían con un poco de malicia, pues había nacido indio en una comunidad próxima de Acobamba. Fue de hecho a su lado, y frente a un pequeño vaso de vino de consagrar que se hacía traer especialmente de Ica, que me iniciaba en esa lengua tres veces por semana.

Carmen es hija de un hacendado arruinado por la reforma agraria de Velasco. Su hermana menor está casada con un ingeniero que se la llevó a vivir a Lima. Ella se quedó soltera, cuidando a sus padres hasta que murieron. Encorsetada en prejuicios de otros tiempos, alivia su soledad dando catecismo y animando los talleres de costura para las mujeres de barrios pobres. La casa familiar a la que me conduce está aceptablemente deteriorada. Ella misma le da mantenimiento a las piezas que aún son habitables, pues no tiene los medios de pagarse una ayuda a domicilio.

Frente a la escasa merienda que Carmen me invita a compartir, evocamos a nuestros amigos de antaño. ¿Hernán? Se marchó a Lima. ¿Alberto? Falleció. ¿Roberto? Se marchó a Argentina. ¿Luis? Se mar-

chó a Huancayo. ¿Octavio? También en Huancayo. ¿Bruno? Falleció. ¿Rosa? En Lima. Toda la gente visible desapareció, dice. No quedan más que cholos. Huancavelica no es ahora más que cholada. Empezando por el alcalde... ¡Qué vergüenza!

Los cholos de los barrios compraron por una bicoca las viejas casas señoriales del centro, abandonadas por sus propietarios quienes se refugiaron en Huancayo, en Lima o sabe Dios dónde. En cuanto a los barrios, se llenaron de indios que huyen de la violencia que azota las zonas rurales. Pero Sendero Luminoso los persigue. Hoy, Carmen no va más que a San Cristóbal. Una a una, las mujeres dejaron de frecuentar el taller de costura que dirigía, con el pretexto de que no tenían más tiempo, que encontraban trabajo en otro sitio o que sus maridos se los tenían prohibido. Carmen piensa que fueron disuadidas por los “terrucos”. Probablemente tiene razón. Infiltrar las organizaciones populares cuando puede hacerlo; destruirlas cuando no puede; y liquidar a sus dirigentes en todos los casos, tal es la práctica de Sendero. Práctica nada innovadora por otra parte, pues fue puesta a punto por el Viet Minh durante la primera guerra de Indochina, con el éxito que conocemos. Carmen no me esconde su preocupación, pero no desespera en que el coronel VLT logre restablecer la situación.

—Acabas de conocerlo. Es un tipo estupendo, ¿o no? ¡Un hombre excepcional! Se encarga de todo, se asegura de todo, resuelve todos los problemas. Es accesible a todos, incluso a los más humildes. Estoy segura de que estará todavía en su despacho hasta pasada la media noche para escuchar pacientemente los lloriqueos de algunos inditos.

En pocas palabras, el coronel comandante civil y militar recoge la unanimidad de los sufragios, desde la alcaldía comunista hasta los de los hacendados venidos a menos. Lástima que el ejército peruano tenga tan pocos oficiales con ese temple.

Regreso al hotel, del que soy el único cliente, por calles oscuras y desiertas en las que en más de una ocasión por poco caigo de cansancio. El portero me provee de un pedazo de vela para poder llegar piso arriba hasta mi habitación. El pequeño radiador de petróleo que debía calentarla la ha llenado de humo, y debo apagarlo. Más vale congelarse que asfixiarse. ¿Qué otra cosa puedo hacer más que enterrarme bajo un montón de cobijas y buscar el sueño, aunque no sean todavía las nueve de la noche? Antes de apagar la vela, tomo la precaución de pasar el cerrojo y atrancar la puerta con la sólida cómoda que constituye, junto con la cama y el sillón, todo el mobiliario de la habitación. Por si acaso...

Los eventos del día que voy recapitulando mentalmente comienzan a abandonarme, cuando algunos pequeños golpes a mi puerta me sacan del adormecimiento.

—¿Quién es?

—¡Soy Lenin!

Estupor. Salto de la cama, me pego a la puerta y vuelvo a hacer la pregunta de la que no creo haber entendido la respuesta.

—¿Quién?

—Lenin... Su ahijado, padrino.

¿Lenin? ¡Lenin! ¡Lenin Campos! Un Campos de los de Moya, cuyas diversas líneas forman la vasta descendencia que el fabricante del regal de Santa Bárbara ha dejado en la región. Lo sostuve sobre la pila bautismal, a Lenin, hace mucho tiempo. Tuvimos que ir a Huancayo a bautizarlo, porque el obispo de Huancavelica había puesto en entredicho⁴ a Moya después de que la comunidad se rehusara a ceder a la diócesis la propiedad de las tierras de las cofradías. Incluso tuve que deslizar algunos billetes al cura para que consintiera administrar el bautismo con un nombre que no figuraba en la lista canónica de los santos y que, por añadidura, le parecía muy sospechoso.

Reenciendo la vela, empujo la cómoda y quito el cerrojo de la puerta. Un joven enclenque con ojos de perro apaleado se encuentra frente a mí.

—¡Padrino!

—¡Ahijado!

Nos damos un abrazo.

Evidentemente, no lo reconozco. La última vez que lo vi tendría dos o tres años. Hoy tiene la edad que tenía su padre Ernesto cuando nos conocimos en Moya. Era en los años sesenta. Ernesto acababa de volver al pueblo después de estudiar pedagogía en una de esas universidades podridas que el gobierno abría compulsivamente en los cuatro rincones del país. Había fracasado en los exámenes finales, pero un grupúsculo universitario de extrema izquierda al que se había unido para romper con su soledad le había concedido una especie de certificado en marxismo-leninismo, de modo que estimaba no haber perdido el tiempo. Había hecho su educación política, decía. Aunque sin diploma, había conseguido del Ministerio de Educación, por no sé qué tratos, un precario y mal pagado empleo de profesor de catecismo en su comunidad natal. En esa época, la enseñanza del dogma católico era obligatoria en las escuelas públicas. Aún lo es, según creo.

⁴ Pena canónica que consiste en estar “bajo censura” [N. de la T.]

Nos sentamos uno frente al otro, con la vela entre los dos.

—Estoy feliz de verle nuevamente, padrino.

Su tono ceremonioso, su mirada tímida, sus torpes gestos, me traen a la memoria el recuerdo de Ernesto. Para entablar conversación, le pido novedades sobre su familia. Me responde que no son muy buenas. Su padre desapareció hace tiempo. Un día salió de Moya para ir a cobrar su raquíptico sueldo a Huancayo, como lo hacía cada mes, y no volvió más. Nunca volvió a saberse de él. Un pueblerino, de camino a Lima, creyó verle, tiempo después, en el barrio de La Victoria descargando un camión. Otro pensaba haberle visto en Chimbote arengando a un grupo de obreros en huelga en una plaza pública. Un tercero, en fin, decía que se había cruzado en Chanchamayo con un pequeño agricultor encaramado sobre su tractor que se le parecía mucho. Pasado el tiempo dejó de hablarse de él. Tres años después de la desaparición de Ernesto, su mujer murió al término de una breve enfermedad, dejando huérfanos a Lenin y a sus dos jóvenes hermanas.

Los hermanos fueron tomados a su cargo por la parentela y separados. La mayor partió con una tía a La Oroya. Lenin la vio de nuevo el año pasado detrás de los Barrios Altos de Lima, con un niño al hombro y otro en el vientre. La menor se quedó en Moya con su abuela. No sabe qué fue de ella. En cuanto a él, aún no tenía nueve años cuando fue enviado con la familia de un primo lejano establecido en el Callao donde ejercía la profesión de abogado. Fue apenas mejor tratado que un sirviente, pero el abogado, que presumía de ser ilustrado, le hizo sin embargo seguir estudios que lo llevaron hasta San Marcos. Estudiaba de día y trabajaba durante la noche como estibador de mercancías, pues el tinterillo, por más ilustrado que fuera, le hacía pagar un precio alto por el albergue que le procuraba en el altillo de su casa.

Todo esto me lo dice sin rencor, sin amargura ni compasión, en un tono tan neutro, de un modo tan indiferente, que pareciera que los eventos relatados conciernen a una tercera persona por la cual Lenin no siente empatía alguna. ¿Cómo va en sus estudios?

—Acabo de abandonarlos... Sí, me di cuenta que no servían para nada. No llevan a ningún lado, padrino... En todo caso, no a dónde hace falta.

De golpe, se endereza de su silla. Sus ojos, que miraban al suelo, de pronto me miran fijamente. ¿Es acaso la flama de la vela que súbitamente los inflama al reflejarse en ellos?

—Hay demasiada injusticia, padrino... Demasiada injusticia y demasiada miseria en este país.

La injusticia, la miseria: Lenin no ha hecho más que experimentarlas desde su nacimiento. Sabe de lo que habla.

—Tiene que acabarse, padrino... Y se acabará... ¡Se está acabando!

Su voz se vuelve más firme y se endurece para decirme con orgullo:

—¡Me he unido al Ejército Popular, padrino! ¡Ahora combato por la Revolución!

La confianza me deja mudo. El tono tajante en la que la hace no deja lugar a ningún comentario.

—Es por eso que en cuanto supe que estaba en la ciudad he venido a verle —agrega bajando la voz.

No veo la relación entre una cosa y otra. Más aún porque todo en su nueva actitud me indica que no ha venido a mendigar una ayuda o a pedir un consejo.

—¿Qué es lo que esperas de mí? —balbuceo.

La voz se suaviza. Es casi implorante.

—Su bendición, padrino... Sólo su bendición.

Y como sigo en *shock*:

—Por favor, padrino... Por favor... su bendición.

Estoy aturdido. Vamos, vengo a una ciudad perdida en el fin del mundo, en busca de un regal del siglo XVIII del que ni siquiera sé si descubriré sus restos. Esta ciudad está sitiada por una guerrilla marxista-leninista-maoísta que conduce una lucha dizque popular en vistas a establecer un régimen comunista a la china o a la camboyana. Uno de los guerrilleros, que resulta es un ahijado mío que no había visto desde hace cerca de veinte años, irrumpe por la noche en una habitación de hotel donde he montado una barricada. Y el único objetivo de la visita de ese ahijado senderista, que por cierto es un descendiente de aquel que fabricó el instrumento de música que busco, ¡es obtener la bendición del ateo que soy yo! Toda esta historia es propiamente insensata. Pero, ¿puedo zafarme? Él no comprendería mi rechazo. No más de lo que yo comprendo el significado exacto que tiene para él su petición. Ya está de rodillas frente a mí. Entonces, a la tintineante luz de la vela que está por consumirse, el impío voltariano posa una mano sobre la frente del guerrillero senderista, mientras que con la otra hace el signo de la cruz en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, esperando ardientemente que Lenin salga indemne de la aventura a la que se ha lanzado. Nos damos un último abrazo. Luego desaparece en la noche de la que había surgido.

Apenas puedo conciliar el sueño. Pienso en ese triste huérfano que decidió darle un giro heroico a su desdichada vida. Sendero le ofreció

la ocasión de conquistar su dignidad y la tomó. Pienso también en su padre que, un buen día, se hartó de enseñar santurroneías a los niños de Moya y dejó mujer e hijos para rehacer su vida en otro lado. ¿Qué habrá sido de él? ¿Acaso es un microempresario cediendo a la informalidad, o un empleado perdido entre papeles en alguna oscura oficina? ¿Un pequeño cultivador de coca en Huallaga conchabado con los narcos, o chofer de algún taxi pirata merodeando por las destartalladas calles de Lima? ¿Qué habrá hecho el tiempo que pasa con sus ideales de juventud? ¿Aún sueña con esos amaneceres que cantan —esos amaneceres a cuya causa se consagra, armas en mano, su hijo abandonado?

Me viene a la memoria una conversación que sostuvimos en Moya, en la pequeña tienda donde don David despachaba petróleo, Inca Kola y galletas enmohecidas. Hablábamos del sistema universitario que seguía desbaratándose, y que vertía sin cesar una masa creciente de jóvenes ineptos para el empleo. “Es una contradicción del capitalismo —decía Ernesto. Las frustraciones que engendra arrastrarán cada vez más a la juventud al campo de la Revolución”. Sin duda tenía razón en este último punto. Hoy, la Revolución está ahí. Esta noche he visto su rostro.

Miércoles 6 de julio

MALA noche. El agua, en el baño, está glacial. Tomaré mi ducha otro día.

A las ocho, me dirijo al *hall* del hotel. Un capitán en uniforme de combate me espera. Se pone en posición de firmes y golpeando los talones, me saluda y se presenta. Le han sido giradas instrucciones para conducirme a Santa Bárbara y poner sus hombres a mi disposición, me dice.

Frente al hotel hay dos camiones, cada uno con unos quince soldados armados y, entre los camiones, un jeep al cual soy invitado a subir y tomar mi lugar al lado del chofer. El capitán sube a la cabina del camión principal, luego arranca el convoy. No llega lejos. A la salida de la ciudad el capitán llama al teniente que está en la cabina del segundo camión y parlotea largo rato con él. De hecho, ni uno ni otro saben cuál de las rutas del crucero donde nos hemos detenido lleva a Santa Bárbara. Es difícil de creer que el ejército casi no salga de la aglomeración urbana, o al menos que vaya de vez en cuando a patrullar el sector de la mina de cinabrio.

Este camino lo recorrí suficientes veces con Alberto R., el entonces ingeniero del centro minero, como para identificarlo hoy sin mucha dificultad con la ayuda de mis recuerdos. Propongo pues al capitán subir con él a la cabina del camión principal y guiar el convoy. A lo que el capitán, con cara de pocos amigos, termina por consentir.

Más que una carretera, se trata de un camino de terracería que se eleva en zigzag a unos quinientos metros por encima del valle, siguiendo el flanco abrupto de la montaña, adaptándose a cada recoveco. Desde que los vehículos de la mina dejaron de recorrerlo, no ha tenido mantenimiento, por lo que su estado, que nunca fue bueno, se ha deteriorado considerablemente. A veces, el camino está cortado a lo largo de varios metros con bloques de piedra que la erosión pluvial arrancó del acantilado y que los soldados hacen volcar por el barranco. En ocasiones, el camino se pierde en rellanos de hierbas, y hay que buscar sus huellas bajo los matorrales. Nuestro avance se hace más lento a causa del segundo camión, cuyo motor consume casi tanto aceite como gasolina, a juzgar por la humareda que se desprende. Tenemos que emparejar nuestra velocidad con la suya, a fin de que el convoy permanezca agrupado —lo que parece ser la obsesión del capitán.

Éste no es muy locuaz. Toda su atención está puesta en el paisaje, al que no deja de peinar con la mirada, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, escrutando con sus binoculares todos los elementos susceptibles de representar una amenaza o disimular un peligro. Para ponerle fin a mis tentativas de iniciar una conversación, me sugiere hacer lo mismo que él, pues los “subversivos” pueden estar por todos lados, agrega, sobre todo allí donde menos se les espera. Pero durante todo el trayecto no observamos más que dos o tres pastorcillos agrupando con prisas sus magros rebaños de borregos o de llamas y huyendo detrás de ellos cuando nos acercamos. Si, como no paran de repetírmelo, los senderistas no inspiran a la población más que miedo y odio, los militares no parecen suscitar un sentimiento muy diferente.

Impresión confirmada en Santa Bárbara, a donde llegamos hacia el mediodía. Las pocas casas en ruina, dispersas alrededor de la pequeña iglesia y que constituyen el pueblo, están desiertas. Sus ocupantes afanosamente las abandonaron en cuanto vieron que nuestro convoy se dirigía hacia ellos. En su precipitada huida, algunos olvidaron sus gallinas y hasta un chancho. Otros olvidaron cerrar la puerta o apagar las hogueras, sobre cuyas piedras se halla un caldero en el que se cocina un potaje a fuego lento. Como medida de precaución, el capitán ordena apagar esos fuegos de cocina no sea que con una chispa se propague por la habitación. “No hay que dar lugar a que algún

periodista de pacotilla en Lima escriba en su periodicucho que el ejército incendió un miserable pueblo de indios”, explica. De la misma forma ordena cerrar las casas después de haber hecho entrar en ellas a algunos cuyes que se han escapado.

Al igual que la mayoría de los centros mineros de la región, la vieja mina de cinabrio que solía ser un florón del imperio español de América, detuvo toda actividad desde hace muchos años ya. Esas pequeñas explotaciones mineras fueron blanco de frecuentes ataques por parte de los senderistas, que venían a aprovisionarse de la dinamita de sus depósitos de explosivos, de los alimentos de sus comedores y de los medicamentos de sus dispensarios. Sendero se dedicaba al saqueo sin mayor inconveniente, pues las fuerzas del orden, no pudiendo desplegar los efectivos necesarios para garantizar la seguridad de cada una de ellas, las dejaba a todas en una situación de gran vulnerabilidad. Al llegar el día en que la ideología cedió paso al pragmatismo, Sendero pasó del pillaje de los almacenes, a la destrucción de las instalaciones. Ése fue el fin de la industria de la extracción. La insurrección se privó de una apreciable fuente de aprovisionamiento, pero liberó a los mineros de la opresión de clase, cosa que para Sendero es aparentemente lo esencial. ¿Le estarán agradecidos los mineros reducidos al desempleo?

Las instalaciones de la mina se vienen abajo y su material, que algunos han recuperado y concienzudamente descuartizado, yace en el suelo desbaratado y en pedazos. Después de esta rápida constatación, me dirijo a la iglesia, impaciente por ver si el regal de Jerónimo Martínez de Campos sigue ahí y en qué estado. La pequeña puerta lateral del santuario está cerrada con una enorme cerradura. En cuanto al portal de la fachada, está cerrado desde el interior con una tranca cuyas extremidades entran en cavidades abiertas a media altura de las jambas, como puedo verlo a través de las ventanas batientes que cierran mal. Para abrir la iglesia, el sacristán debe pues entrar por la puerta lateral, y luego quitar la tranca que cierra el portal. Dado que el sacristán —o quien sea que haga los oficios, tiene la llave de la puerta lateral— salió huyendo junto con el resto de la población y que de ninguna manera lo perseguiremos a través de la puna, después de reflexionarlo no veo más que una sola forma de entrar en el edificio: escalar hasta el techo, llegar hasta el campanario, deslizarse por el estrecho tragaluz, bajar por la escalera interior y desatranca el portal.

Una media docena de soldados ociosos me observan en silencio, mientras que el resto del destacamento monta guardia alrededor del perímetro de seguridad que estableció el teniente. Expongo mi plan al

capitán. Asiente con la cabeza y en el acto designa a un “voluntario” para ejecutarlo. Por fortuna, la iglesia no es alta. Está construida sobre un terreno inclinado que fue excavado para hacer lugar al coro, de suerte que el techo, que está a seis metros del piso al lado de la fachada, no está más que a cuatro o cinco del lado de la cabecera. Con ayuda de sus camaradas que le hacen estribo con las manos, el “voluntario” consigue alzarse sin mucho esfuerzo. Pero debe llegar hasta el campanario y subir unos quince metros. La operación es delicada pues el techo, seriamente estropeado por la intemperie, amenaza con ceder bajo sus pasos. Lo seguimos ansiosamente con la mirada sin tener el valor de darle ánimos por miedo a distraerlo y verlo, o bien estrellarse a nuestros pies o desaparecer al interior del edificio. No obstante, hábilmente se hace camino a través de las trampas que le pone la techumbre y consigue llegar sin dificultad hasta el tragaluz del campanario. La hazaña es festejada con grandes gritos. Algunos minutos más tarde, las puertas batientes del portal se abren frente a mí.

Lo que veo en el interior son tablas amontonadas, vigas y chatarra de lo que parece ser el contorno de algunos objetos aún identificables: aquí, una carreta amputada de ruedas y de uno de sus brazos; allá, dos escaleras a las que les faltan la mayor parte de los peldaños; más allá, algunas llantas viejas de camiones y bidones desfondados que habrán contenido gasolina. El altar, medio destruido, está atestado de refacciones mecánicas sin duda tomadas del material de la mina. El confesionario, volcado, parece haber sido cortado con un hacha. De la sillería, sólo subsisten los primeros peldaños de la escalera que llevaba a ella. De un muro cuelgan fragmentos de una tela que debía presentar la imagen de un santo o de una virgen a la devoción de los fieles de aquellos tiempos en los que la iglesia no servía aún como depósito. Pero del regal, ni rastro alguno. A toda prisa, subo a la tribuna por una inestable escalera de madera. Sobre el tablado carcomido del que varios listones se han hecho polvo, están dispersos restos de codales así como algunos pedazos de madera de diferentes largos y anchos los que tiendo a pensar, en mi decepción, fueron amorosamente trabajados por don Jerónimo; ese artesano venido tal vez de más allá de los mares para fracasar entre los indios de Moya, y que representaban los últimos vestigios de su obra.

Misión cumplida; aunque el objetivo no se haya alcanzado. Podemos marcharnos ya de este pueblo fantasma que el clero desamparó desde hace tiempo, sin duda desde antes que estallara la insurrección senderista.

Y, sin embargo, aquí asistí a algunas fiestas religiosas que marcan el ciclo de las temporadas, en los años sesenta. En aquellas ocasiones, el cura subía al pueblo en un viejo Volkswagen, celebraba la misa, decía algunas oraciones, bautizaba —sin mucho celo ni convicción, es cierto, preocupado antes que nada por recibir su limosna en especie contante y sonante, o en su defecto en gallinas y cuyes. Ese cura, por aquel entonces joven, tal vez haya muerto sin dejar reemplazo alguno. O bien, muy pronto se volvió lo suficientemente rico como para no tener que escalar la montaña con tal de ajustar su presupuesto y llegar a fin de mes. Se tiende a imputar a la acción de Sendero el estado de abandono en el que se estancaron ambos pueblos de los Andes, pero éste ya prevalecía un poco en todos lados cuando comenzó la insurrección. Los insurrectos, cuyos propósitos así lo favorecían, no hicieron más que agravarlo al sacarle partido.

El teniente agrupa a la tropa, que sube a los camiones. El capitán toma el volante del jeep al que me hace trepar. Ahora está aliviado y relajado, pues todo para él fue bien. Lo que lo lleva a salir del mutismo en el que se había acuartelado e incluso se muestra muy parlanchín. No, el ejército no es tarea fácil, me dice sin que tenga necesidad de preguntárselo. ¿Cómo distinguir a un subversivo de un pacífico campesino? Ajá, eso mismo le pregunto yo a usted. Sobre todo porque ese mismo campesino que tranquilamente trabaja en su chacra puede convertirse algún día en un peligroso subversivo. Los pueblos que por la mañana establecen una alianza con el gobierno, por la noche pueden tomar las armas para matar, saquear todo lo que está a su alcance, destruir todo lo que se sostiene aún en pie. O sea, usted debe desconfiar de todo el mundo y no fiarse de nadie. Incluso en la ciudad.

La aglomeración urbana parece en calma. Pero eso no impide que haya simpatizantes de la subversión, que teje sus redes subterráneamente. Le creo sin dudar: la noche anterior Lenin no tuvo ninguna dificultad en convencer al guardia del hotel para que le abriera la puerta y le indicara mi habitación.

El ejército hace lo que puede, continúa el capitán. Pero no tiene los medios para instalarse en todos los sitios en los que debería, para aislar a los cabecillas y otros insanos elementos y ganarse de nuevo a la población mediante una vigorosa acción social. Ahora bien, esos medios que el capitán juzga indispensables para la pacificación están obstinadamente negados a los militares por el “señor García Pérez”.

—Ese señor y sus amigos del Congreso nos condenan a un sucio trabajo. No nos dejan cumplir con nuestra misión convenientemente, y encima de eso critican lo que hacemos. ¡Sin contar con los periodistas,

que abiertamente toman partido por la subversión! ¡Y esos jueces, que ponen en libertad a los subversivos que les llevamos! ¡Y todos esos pretendidos defensores de los Derechos del Hombre, la mayoría de ellos extranjeros, que nos acusan de las peores atrocidades!

Conozco bien ese discurso. Me remonto treinta años atrás, a la época de la Guerra de Argelia, cuando jóvenes soldados venidos de Francia se encontraban perdidos en el Aurés, frente a un enemigo omnipresente, pero imposible de identificar. Cualquier argelino podía ser un *fellagha*.⁵ Se disparaba entonces contra todo lo que se moviera, y sólo después se preguntaba. Se mataba sin odio, simplemente para no ser asesinado, con la esperanza de alcanzar lo más rápido posible el otro lado del Mediterráneo, de preferencia sobre dos piernas, y en cualquier caso no en el interior de un féretro. En Francia se hablaba de exacciones, de masacres, de carnicerías. En el Parlamento, en la prensa, en la opinión pública, se protestaba por casi todo lo que hacía el ejército. Se denunciaba la “guerra sucia”, sin darse cuenta de que una guerra contrainsurgente no puede ser conducida “limpiamente” en ningún lado. Los militares se sentían malqueridos, incomprendidos, traicionados —igual que se sentía hoy el capitán sentado a mi lado. No habían llegado sin embargo a Argelia por su propio pie ni por iniciativa personal, sino por órdenes de un gobierno democrático— y de izquierda, además. Siempre admiré la desenvoltura con la que el poder civil se desquita con los militares por las consecuencias funestas de sus decisiones o indecisiones. Pero a veces, el ejército desobedece. En Francia, provocó la caída de la IV República. En Perú, podría poner fin prematuramente al mandato de Alan García.

De vuelta a París, tendré que preguntar a B. lo que opina. No le gustan los militares, no los comprende, no los conoce. Comparte todos los prejuicios del APRA, a la cual está íntimamente ligado. Se toma muy en serio el papel de mentor que Víctor Raúl Haya de la Torre le impuso ante Alan. Nunca le he escuchado formular la más mínima crítica a su discípulo presidente. Cual Séneca, que no dejaba de reprender al buen Lucilo y que tenía todas las debilidades por Nerón, siempre encuentra una excusa a sus equivocaciones. Con regularidad le escribe largas cartas manuscritas, llenas de avisos, consejos y recomendaciones, que se quedan sin respuesta y sin efecto. Alan las tira al cesto de la basura sin leerlas.

Rodamos cuesta abajo hacia el valle. Cuando estamos por entrar a la ciudad, por el barrio de Santa Ana, el jeep da un bandazo y sale del

⁵ Combatiente del Frente de Liberación Nacional. [N. de la T.]

camino hasta detenerse contra un talud. Habiendo sido usada hasta el armazón, la llanta tenía el derecho de estallar. Tiene un desgarré de unos quince centímetros.

El capitán suspira:

—Otro vehículo más fuera de uso.

—¿Fuera de uso? Pero si el jeep no tiene nada; ni siquiera un araño. Basta con cambiar la llanta.

—Es que, doctor —replica el capitán todo apenado—, hace mucho tiempo que no tenemos llantas de repuesto.

Traducción del francés por Sofía Reding

RESUMEN

El presente artículo es un testimonio, a propósito de la búsqueda de un instrumento musical del siglo XVIII en el pueblo minero de Santa Bárbara en Perú, de la guerra civil en la provincia de Angaraes entre los años sesenta y ochenta del siglo pasado. Se mencionan a grandes rasgos los efectos económicos y sociales que la guerra ha ocasionado en las poblaciones de la región y se compara esta situación con las condiciones que prevalecían antes de la insurrección armada.

Palabras clave: guerra civil peruana, Sendero Luminoso, Perú condiciones socioeconómicas.

ABSTRACT

This article, referred to a story that arises as a result of searching a special 18th century musical instrument in the village of Santa Barbara in Peru, is a testimony of the civil war in the province of Angaraes in the sixties and eighties years of the last century. It analyzes and details the economic and social effects that war have caused in populations of the region and compare this situation with the conditions before the armed uprising.

Key words: civil war of Peru, Shining Path, Peru economic and social conditions.